

## Carta de Buenos Aires. ¿Qué leen los argentinos?

*Blas Matamoro*

Uno de los motivos de sorpresa y eventual admiración que suscita Buenos Aires en los visitantes, es la vivacidad y tamaño de sus librerías. Pocas ciudades en el mundo pueden ofrecer el espectáculo de *El Ateneo* en el local del modernista teatro Grand Splendid: cuatro pisos y un subsuelo cubiertos de libros, con sillones y palcos para la lectura y un café-restaurant en el antiguo escenario. En Buenos Aires es posible hallar librerías abiertas un domingo a medianoche, con gente que lee y comenta sus lecturas apoltronada en butacas o echada en el suelo, entre carteles que recomiendan cuidar los libros porque son objetos en venta. Evidentemente, hay más lectores que compradores.

En el orden de lo leído, es curioso observar que los títulos y autores preferidos –me refiero a la producción autóctona– no remiten al tópico de la novela, sino más bien a cierto tipo de ensayo. Hubo *best-sellers* novelísticos en su tiempo, normalmente inscriptos en la fuerte tradición del realismo costumbrista –Jorge Asís, Enrique Medina, Osvaldo Soriano– pero carecen de equivalentes actuales. Más bien, se enmascaran de novelas unas narraciones históricas, a veces estrictas biografías, tratadas novelescamente. La línea fue inaugurada hace décadas por Marta Mercader y la siguieron María Esther de Miguel (ya fallecida), Félix Luna y Pacho O'Donnell, entre otros.

El público indaga en estas historias noveladas las posibles claves de la historia nacional, corta de años y turbulenta de crisis y guerras civiles. Ello explica también el auge del ensayo que intenta dar cuenta de esa historia, de ese pasado que, por breve –la imagen es de Borges– pesa más que una historia inmemorial. El caso más notable es el de Juan José Sebreli, que insiste en ser mimado por el público lector desde 1964, cuando apareció *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, una sociología de la vida diaria en la gran ciudad, que mereció en 2004, en ocasión de sus cuarenta años, una revisión a cargo del autor. En otros títulos como *Tercer Mundo mito burgués*, *El vacilar de las cosas* y *Las aventu-*

*ras de la vanguardia*, Sebrelli ha tratado con orden didáctico y lenguaje accesible al lector medio (¿se sabe, por fin, cuál es?) asuntos normalmente reservados a los especialistas de academia. Ésta no suele considerarlo con buenos ojos, lo cual halaga al escritor que se vindica de tal, de ensayista, de alguien que ensaya conocer, que intenta saber sin ocuparse de la obediencia debida a los maestros institucionales.

Otros ensayistas que huyen de la monografía atraen la atención de los lectores, como la crítica de la cultura urbana en Beatriz Sarlo y Adrián Gorelik, el impresionismo sociológico de Jorge Lanata y la reflexión filosófico-social de Santiago Kovadloff.

Hay, por fin, el no menos curioso fenómeno de la literatura sancionada por la corporación profesoral. En efecto, la mayor parte de esta zona de las letras, así como los profesores que la enseñan y los críticos que la sostienen en los medios, es egresada de Facultades especializadas. Propugnan textos «difíciles» eventualmente experimentales, con sobrentendidos y guiños al lector erudito. Sus referencias mayores son Juan José Saer y Ricardo Piglia en la prosa, y Néstor Perlongher (ya fallecido en su emigración brasileña) en la poesía. Sus más recientes hallazgos, César Aira y Alan Pauls, son ya accesibles al lector español.

En estos escritores, como en los casos antes citados, es difícil perfilar géneros. En una novela irrumpen reflexiones teóricas sobre la escritura. En un ensayo se intercalan escenas narrativas. Se invoca a los maestros —cada cual elige a los suyos— y se los mezcla con impresiones personalísimas, juegos de la memoria, evocaciones de un par de versos cantados entre dientes.

Podemos pensar en un episodio posmoderno de mezcla y remezcla de códigos. En el ejemplo argentino tal vez jueguen también elementos tradicionales, peculiares de cierta cultura local. La literatura argentina, comparada con la de sus parientes comparables, los europeos, es reciente, no pasa de 1835. Es decir: es una literatura fundada cuando el gran cuestionamiento romántico de la poética clásica de los géneros. Y —de nuevo Borges— se sabe que el pasado presiona más cuanto más breve sea.

En este hurgar dentro de los géneros se está buscando algo, quizá la dichosa identidad de esta sociedad igualmente escasa de antigüedades. Las figuras pretéritas no acaban de serlo e irrumpen como incómodos fantasmas en el presente. El novelista que bucea en la historia se hace contemporáneo de los ancestros, a la vez que los arrastra hasta el hoy. Un hoy movedizo, un presente que, como todos los presentes, ha dejado de ser y todavía no es.